



CURIOSIDADES SOBRE DARWIN

Por María Luisa Peleato

Probablemente, ningún otro científico ha aportado tanto al conocimiento de la vida sobre la Tierra como Charles Darwin. Sus ideas no sólo afectaron al ámbito científico, sino que revolucionaron la sociedad y, aún hoy día, provocan polémica. De hecho, su más que cotejada teoría pertenece a la extraña categoría de los hechos científicos "opinables" según lo que a cada uno le da por pensar o creer.

Charles Darwin era el quinto de seis hermanos, cuatro chicas y dos chicos. La madre de Charles (que era de la familia Wedgwood, propietarios de la famosa fábrica de porcelanas de este nombre) falleció tras una larga invalidez cuando él tenía 8 años. Por esta razón, había sido educado en casa por sus hermanas mayores, especialmente por la severa Caroline, que le decía que era mucho más lento en aprender que su hermana menor. Él mismo cuenta que, cuando se encontraba con ella, se preguntaba que qué era lo que le iba a echar en cara o reñirle en ese momento y cita, en su autobiografía, que trataba de "escurrir el bulto" todo lo que podía. Ya en este momento tenía muy desarrollado su gusto por la naturaleza, y pasaba mucho tiempo vagabundeando por los campos de los alrededores de su casa, o ideando estrategias para robar manzanas del huerto de su casa. Trataba de saber los nombres de las plantas, y empezó a coleccionar todo lo que caía en sus manos: conchas, sellos, monedas, minerales...

El año que falleció su madre, ingresó externo en una escuela cercana, donde permaneció un curso. Su gusto por la Historia Natural estaba ya muy desarrollado, y coleccionaba y conocía plantas, conchas, minerales... Tenía una imaginación desbordada, y cuenta en su autobiografía, algo avergonzado, que le comentó a un compañero (que luego se convertiría en un ilustre botánico) que podía alterar el color de algunas flores, regándolas con líquidos coloreados. Al año siguiente, paso a un internado muy

cercano a su casa. Era un chico muy ingenuo, y fue objeto de algunas bromas por parte de compañeros (como convencerle que, llevando un sombrero viejo, los pasteles de una pastelería del pueblo eran gratis). Cuenta que se escapaba a su casa por las tardes, y volvía corriendo (literalmente) al colegio antes de que pasaran lista por la noche. Siguió coleccionando animales y minerales, con especial interés en aves e insectos. En su autobiografía comenta que recuerda haberse preguntado en aquel momento por qué los miembros de las buenas familias no se hacían todos ornitólogos. Las materias que se enseñaban en la escuela no interesaban demasiado al joven Darwin, que prefería salir al campo, pescar y coger nidos de pájaros. Ante el poco interés de Charles por la escuela, en la que por lo visto se aburría un montón, su padre le dijo: "las únicas cosas que te interesan son pegar tiros, los perros y cazar ratas, y vas a ser una desgracia para ti y para tu familia". Durante esta época, su hermano Erasmus, cuatro años mayor que él, montó un laboratorio de química en un cobertizo, y permitió que Charles actuara como ayudante, lo que hizo que se interesara vivamente por la química. Lograron obtener un número considerable de gases y compuestos. Por esta razón, en el colegio le pusieron de mote "Gas", y fue reprendido duramente por el director por "perder el tiempo de aquel modo, en asuntos sin provecho". De hecho, el Director del colegio consideraba que Darwin era "pasota", cosa que el chico consideraba muy injusto.

Como no iba nada bien en el colegio, su padre lo sacó a una edad menor de la habitual (16 años), y lo mandó con su hermano a Edimburgo a iniciar estudios de Medicina. Estos estudios también le resultaron, exceptuando la química, "insoportablemente aburridos", y le horrorizaba ver sangre así como la cirugía sin anestesia (salió corriendo antes de que terminara una operación quirúrgica y no volvió más). En su autobiografía, califica de "obtusos" a alguno de sus profesores, y usa el mismo calificativo para sus clases magistrales. Se lamenta de no haber

aprendido dibujo en aquel momento, y describe la pena que le causaba el dolor de los enfermos. Prefería rebuscar las redes de los pescadores, y disfrutar de todos los alicientes que una gran ciudad podía ofrecer a jóvenes de buena familia. De hecho, él mismo cuenta que se convenció de que su padre iba a dejarle en herencia suficientes bienes como para subsistir con cierta comodidad, y esa convicción fue suficientemente sólida como para contrarrestar cualquier esfuerzo importante por aprender medicina. Sin embargo, consultando con su padre las dudas, llegó a atender a pacientes pobres y sentir un sincero interés por esa tarea.

A partir del segundo año en Edimburgo, empieza a frecuentar círculos naturalistas, a hacer interesantes trabajos de campo, y llega incluso a exponer algún trabajo en sociedades científicas importantes. Atiende a clases de Zoología y Geología y hace amistad con destacados naturalistas, a los que acompaña al campo. Un ex-esclavo, probablemente el único residente de raza negra en Edimburgo, le dio clases particulares de taxidermia, y quedó fascinado por lo que le contaba de una expedición científica a América del Sur. En las vacaciones de verano, era un voraz lector y un forofeo cazador, y se dedicaba a ello con verdadera pasión.

Tras dos cursos en Edimburgo, Charles convenció a su padre para abandonar la carrera de medicina. Éste, a pesar del ambiente escasamente religioso del hogar de los Darwin, decidió que Charles fuera sacerdote, y lo envió a Cambridge a formarse. No deseaba que se convirtiera en un señorito ocioso, condición que parecía su destino más probable. A pesar de que no era especialmente religioso, Charles aceptó pensando que ser un clérigo rural le permitiría estar en contacto con la naturaleza.

Para ordenarse sacerdote, debía primero obtener una licenciatura, y fue admitido en el Christ's College de Cambridge. Mientras estudiaba latín y griego en casa (para prepararse para la universidad) con un profesor particular, Darwin descubrió una nueva afición... las chicas. Tenía 18 años y tuvo una primera novia, una de las chicas con más éxito de la zona, con la cual salía de caza. Posteriormente, la chica debió de decirle o los escarabajos o yo, y Darwin eligió los escarabajos.

En Cambridge volvió de nuevo a las andadas... en lugar de dedicarse a lo que se suponía, se dedicó a cazar escarabajos, a coleccionar plantas, y en sus ratos libres, a socializar con los bebedores y jugadores de cartas que suele haber en todas las universidades (antecesores evolutivos

“...la chica debió de decirle “o los escarabajos o yo”, y Darwin eligió los escarabajos.”

de los que pueblan nuestro bar), en resumidas cuentas, a hacer algo el golfo. Los estudios académicos le volvieron a parecer aburridos y con poco sentido, pero cumplió con los requisitos obligatorios sin problemas. Darwin, ya anciano, lamenta el tiempo perdido en aquel momento. Sin embargo, gracias a que cayó bajo la tutela de un profesor (Henslow) que era botánico-entomólogo-químico-geólogo, todo en una pieza, se centró en sus estudios y empezó a estudiar seriamente Historia Natural, leyendo libros por su cuenta, y frecuentando la compañía de otros científicos eminentes (algunos profesores le llamaban “el hombre que pasea con Henslow”). Su pasión de aquel momento fueron los escarabajos. En una ocasión, como

tenía las dos manos ocupadas con sendos ejemplares de escarabajo, no se le ocurrió otra cosa que almacenar un tercero, que no podía permitirse perder por ser interesantísimo, en la boca. El bicho expulsó un fluido que le quemó la lengua y, lamentablemente, tuvo que escupirlo y lo perdió... Incluso llegó a contratar a un peón para que le ayudara en la recolección de sus amados escarabajos. Se licenció a los 22 años con muy buenas notas, tras tres cursos en Cambridge.

Ese mismo verano recibió una carta, en la que su antiguo tutor le enviaba la propuesta para la entrevista para candidato al viaje en el Beagle. Su padre puso el grito en el cielo. Al final, condescendió en que si alguna persona con sentido común consideraba buena la idea, le daría su bendición. Su tío Jos, el padre de su futura mujer, fue quien convenció a su padre. Todo lo demás es ya otra historia mucho más larga, en la que podríamos explicar cómo el ilustre pobre científico acaba caricaturizado como mono en una botella de anís de un país lejano...

Fuente de información: Charles Darwin, “Autobiografía”. Biblioteca Darwin. Ed. Laetoli, 2008.



María Luisa Peleato
Dpto. Bioquímica y Biología Celular
Universidad de Zaragoza